

Presentación

Una de las continuas quejas que se escuchan en todas las reuniones y encuentros con profesores de religión es, a un tiempo, la dificultad para descubrir su identidad y la falta de preparación para realizar una función que se desdibuja continuamente y que ofrece dificultades crecientes.

Para muchos, las dificultades se han puesto de manifiesto al conocer cuál es el papel que la Iglesia española, como sucede en otras partes del mundo, quiere conceder al nuevo profesor de religión como integrado en la realidad escolar y como creyente adulto comprometido con una de las tareas eclesiales más urgentes en el mundo de hoy: lograr la iluminación y la madurez intelectual de la fe de los alumnos y contribuir a la realización de la síntesis y diálogo entre la cultura de nuestro tiempo y la fe cristiana. Ideas iniciadas en el documento «Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar», de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, y desarrolladas en diversas revistas catequéticas.

Al mismo tiempo, muchos profesores de enseñanza religiosa se preguntan si su misión es la de ser «catequistas» o «educadores de la fe» o «simples profesores de religión». No ven claro, según unos, por qué separar una cosa de la otra, o por qué juntar misiones y tareas que de suyo han de ir separadas, según otros.

Si a esto añadimos la creciente exigencia de formación teológica y catequística cuando, también en opinión de muchos, estos campos parecen demasiado «movedizos, inconcretos e indefinidos», las dificultades para encontrar su identidad, aumentan.

Sinite ha querido reflexionar y ayudar a los profesores a hacer lo mismo, en un campo que les es particularmente querido: el de la

enseñanza religiosa escolar. Para ello ha querido desglosar la figura del profesor de religión en varias de sus facetas: como perteneciente, de lleno y sin complejos, al campo propio de la escuela; como representante de la Iglesia y con una misión eclesial diferente a la que teóricamente ejercía no hace mucho, pero claramente definida; la formación humanística que ha de constituir la base de todo el saber acerca de la educación y de todo el hacer educativo, incluido la educación religiosa; la formación pedagógica y didáctica, es decir, la capacitación para transmitir la fe en el campo escolar y sus necesidades más urgentes; su capacidad de relación con los demás profesores y en especial con los del Departamento de Formación Religiosa y, finalmente, la función interdisciplinar de la enseñanza religiosa que el profesor de religión ha de asumir con novedad y con riesgo.

Al mismo tiempo hemos querido ofrecer dos descripciones, personales y comprometidas a un tiempo, de la identidad del profesor de religión, como educador de la fe, en la Educación General Básica y en el Bachillerato. Deseáramos que muchos educadores se reconocieran en dichas descripciones.

Somos conscientes, sin embargo, de que la tarea no está concluida. No hemos hecho más que asomarnos al inmenso campo de la definición de la personalidad del profesor de religión, de sus necesidades y de su misión. En especial, somos conscientes de no haber tratado la formación teológica del profesor de religión. No ha sido por marginar la cuestión, sino por dificultades de espacio y por tener en proyecto el estudio, en números sucesivos, de la programación de la enseñanza religiosa por etapas y niveles escolares. Allí podremos abordar la preparación teológica exigida al profesor de religión de una forma mucho más explícita.

Es deseo de SINITE contribuir a la formación de los profesores de religión y servir de ayuda, con este número, para lograr la identidad de su persona y de su misión. Somos conscientes, por supuesto, de que aún queda mucho por decir y de que las cosas no son tan sencillas ni tan teóricas como aparecerá a lo largo de nuestras páginas. Pero el presente número tiene una función concreta que, con las limitaciones consabidas, cree cumplir.